

cia y de confianza. Aun hoy día es un enigma para mis marineros el saber por qué su capitán emprendió esa excursión a la *hora de los espíritus*.

Habíamos oído hablar vagamente de un presente de vituallas que nos destinaba el bey; es un uso insoportable del Oriente, de que me quería yo eximir. Como Aulona, según había podido confirmar por mí mismo, no tiene importancia alguna, bajo el punto de vista de los intereses católicos, me hice a la vela el 21 muy de mañana, para volver costeando la Dalmacia. Brisa ligera nos alejaba ya, cuando vimos al ganado que el bey nos destinaba, llamarnos desde la ribera con sus balidos. Acaso este llamamiento aguaría la boca a más de uno; pero por lo que a mi tocaba, encantado estaba de romper todo lazo con la Albania.

Si este país es rico en esperanzas para el porvenir, en el presente solo es rico en decepciones, en materia de ciudades y de cacerías de jabalí.



MAS ALLÁ DE LA LÍNEA

CAPÍTULO TERCERO

1859 Y 1860

10 de Noviembre de 1859.

A un largo verano de dolorosa memoria había sucedido un suave otoño más parecido a la primavera que a la triste estación en que todo languidece y muere. Las rosas, las violetas perfumadas, los azahares de aroma embriagante, lucían aun en nuestra agradable residencia de Miramar, en donde vivíamos rodeados de fresca verdura y de las olas azules de la mar. Cuando menos se esperaba, el frío se anunció tristemente con una brisa glacial que sopló toda la noche. El viento Norte invadió nuestro pequeño jardín, derribando sin piedad nuestras flores y destruyendo nuestras ilusiones. Aquel invierno, de que íbamos a huir, turbaba los sueños de la última noche que debíamos pasar bajo nuestro techo, y nos perseguía con sus gemidos siniestros que parecen decir: *memento mori*.

Hubo en la mañana algunas horas de calma, justamente las necesarias para la partida. Mi querido Miramar se mostraba por última vez con toda la seducción de su hermosura meridional. Al nacer el sol, di a toda prisa una vuelta por el jardín, corté las últimas violetas, dirigí la mirada por todas partes, y al fin, bajé la escalera de mármol del embarcadero, y me alejé en el bote con el corazón oprimido por una profunda melancolía.

Algunos instantes después, me encontraba á bordo de la *Fantasia*, pequeño buque de corte atrevido y ligero. Ya sus ruedas he-

rían las olas, cuando los cañones de la batería resonaron en señal de despedida, y emprendimos la marcha sobre mi elemento favorito.

La costa y la mar estaban envueltas en las sombras, solamente Miramar brillaba, iluminado por un rayo del sol de otoño que tomé por un presagio favorable. Pronto comenzó a espumar la mar azotada por el soplo de la brisa: la *Fantasia* bailaba hasta rendirse de fatiga; pero confiados en aquel navío, que mas de una vez habia sido experimentado, pretendimos llegar a Pola, adonde me llamaban algunos asuntos relativos a la marina. Tenia que visitar un hermoso buque ya casi terminado y los trabajos del arsenal recientemente abierto.

En Pola soplaba tan violentamente la brisa que penetraba hasta la medula de los huesos. Me indignaba tener que sufrir aquel día tan crudo, aunque debiera ser el primero y el último, cuando me habia lisonjeado de que debia sustraerme del frío, hallándome en este tiempo en las regiones de los trópicos. Contaba, pues, con pasar de un otoño tibio y florido a la risueña estación de la primavera sin tener que soportar los rigores del invierno.

Mesina, 21 de Noviembre de 1859.

Abrió el tiempo, y el aire se sentia maravillosamente suave y benéfico. Para emplear la mañana, dimos un paseo por la ciudad y visitamos el jardín público, en donde los árboles aun estaban cubiertos de un tupido follaje: por todas partes habia flores y capullos. En fin, consagramos algunos momentos a la catedral y a la plaza en que aquella está situada.

Cerca de las tres nos reunimos para comer: la comida fué alegre; asistió a ella nuestro cónsul, hombre de mucho talento y de amena conversacion. A las cinco el vapor nos llevaba al Faro. El sol próximo a desaparecer, enviaba sus últimos rayos a las nobles montañas de Calabria, que parecian sonreir con aire de gratitud.

¡Extraño país es este reino de las Dos Sicilias! Cada vez que lo vuelvo a ver me siento seducido, embriagado con los encantos del clima y de la naturaleza, y cada vez me estremezco de nuevo pen-

sando en el estado en que se encuentran estas magníficas comarcas. No hay un pueblo en Europa, con la sola excepción de los Laponos, que se halle tan bajo en la escala de la civilizacion. No hay un solo gobierno en la Europa que haga tan poco caso como éste del espíritu de la época y de los derechos del hombre: las administraciones que aquí se han sucedido hace algunos siglos, unas veces por corrupcion y perfidia, y otras con el ánimo de embrutecer, solamente han sabido afirmar más y más la preocupacion de que el soberano es todo y que puede hacer cuanto le plazca.

Luis XIV fué el primero que inventó la máxima de que el príncipe solo a Dios es responsable de sus actos; pero Dios está muy léjos de nosotros y no habla el idioma de los hombres. Sus determinaciones, aunque en ellas se quiera buscar el castigo, siempre se han interpretado á favor del soberano irresponsable; y por lo mismo, esta máxima ha venido a ser el verdadero tropiezo del principio monarquista. Los soberanos que no la han seguido y que obedecen con firmeza los principios del derecho, son los que aun permanecen en pié.

Nada se ha hecho aquí para levantar la dignidad del país y del pueblo: no hay caminos de hierro, ni aun siquiera vías cómodas para entregar al comercio los tesoros de la naturaleza: la justicia, este bien al cual tiene el pueblo un derecho imprescriptible, está organizada de tal manera, que únicamente los poderosos pueden ganar sus pleitos. Parece que se teme todo lo que es noble y grande: se castiga el entusiasmo; se ahoga en su gérmen el espíritu de asociacion, y sin embargo, esta es la única fuerza de impulso verdadero en el siglo diez y nueve, fuerza sin la cual, un Estado cae infaliblemente en la letargía.

Y a pesar de todo esto, el último rey, tal vez porque tenia un sistema fijo que adoptó con lógica y energía, tuvo muchos partidarios. Su sucesor, abrumado con esta herencia fatal, que no merece, seguramente jamás tendrá ocasion de mostrar si ha formado el designio de gobernar bajo mejores principios. El pueblo canta ahora:

Vivan di Napoli i macaroni,

Che han più credito de' suoi padroni ¹

¹ Vivan los macarrones de Nápoles, que valen mas que sus dueños.

¡Cuánto habrían podido hacer de este país manos hábiles y equitativas! Dios le ha concedido todo, le ha prodigado los tesoros naturales; pero los productos indígenas salen de aquí en estado bruto, para ser transformados en las fábricas extranjeras, y volver bajo la forma de los objetos necesarios para la vida.

No falta el oro; pero se le deposita como capital improductivo, en las arcas comunes, para ponerlo al abrigo de los ataques incessantes de los bandidos. Actualmente hay ocho millones encerrados en Mesina, enmoheciéndose por falta de uso: los habitantes han solicitado el favor de que se les permita fundar un banco; pero el gobierno napolitano ha cerrado los oídos.

Los brazos mismos serían baratos, condición muy favorable para el establecimiento de las fábricas; la prueba es que en Mesina fácilmente encontramos hombres que condujesen a bordo carbon vegetal a razón de once kreutzers por tonelada, mientras que en Gravosa no nos fué posible encontrar quien lo hiciera por ménos de un florin.¹ Para concluir, pondremos, como un ejemplo, la manera con que aquí se invita a los funcionarios a que roben. Ultimamente fué favorecido en Mesina un empleado público con un nombramiento, cuyo tenor era el siguiente:

*Visti i meriti distinti del di Lei signor padre, ed i lunghi servigi da Lei prestati gratuitamente, noi la nomiamo ad Aggiunto presso l'esazione delle imposte indirette in Messina provvisoriamente, fuori di numero e senza soldo, affine che possa provvedere onestamente ai bisogni della sua famiglia.*²

(Alrededores de Málaga) Buen Retiro, 27 de Noviembre de 1859.

Salimos de Málaga al galope; a lo lejos se percibía el hermoso acueducto morisco iluminado por los rayos del sol, y llegamos a la aldea y al bosque de olivos que yo conocía ya. Aun estaban las parras cubiertas con sus hojas, en todas partes las flores embalsamaban el aire: hasta los árboles que comenzaban a desnudar

¹ El florin de Viena contiene sesenta kreutzers, y equivale a poco más de cuatro reales de nuestra moneda mexicana.

² En consideración a los distinguidos méritos del señor vuestro padre y a los largos servicios gratuitos que prestó, os nombramos adjunto de la recaudación de contribuciones indirectas de Mesina provisionalmente, fuera de la nómina y sin sueldo, á fin de que podáis proveer honradamente a las necesidades de vuestra familia.

darse tenían un resto de verdura. ¿Era todavía el otoño ó era ya la primavera? El cielo estaba radiante, la atmósfera tenía ese calor intenso que sentimos en nuestro país durante la estación florida. El canto de las alondras resonaba alegre en los aires; las golondrinas describían sus curvas caprichosas, y las mariposas volaban de flor en flor.

En medio de las rocas que sirven de asiento a la aldea, ví un asno que buscaba los cardos, disfrutando de aquel bello sol; y siguiendo mi camino, decía dentro de mí: "Mas vale ser asno en Málaga que sabio en las regiones frías y húmedas del Norte." Apenas cruzó por mi espíritu este indecente pensamiento, cuando siguió la respuesta, como sigue el castigo después de la culpa. Encontramos en medio del camino, en un lugar lleno de aloes, un pobre cuadrúpedo de orejas largas que agonizaba abandonado del universo, y cuya moribunda mirada parecía pedirnos auxilio é implorar nuestra compasión. Es verdad que entre nosotros, en el Norte, se ha visto a muchos sabios morir en el abandono, y sin haber tenido el beneficio de un sol caliente que ilumine su agonía.

Llegamos a *Buen Retiro*, y tocamos con la aldaba. Después de una larga espera, vimos aparecer al mayordomo, que balbuciendo nos preguntó si llevábamos permiso. Se habían introducido algunos cambios en aquella morada, ordinariamente tan hospitalaria. La hermosa *señorita*, propietaria de aquella encantadora mansión, se acababa de casar con un personaje de Madrid, el conde de Villacázar, y su marido había hecho la feliz residencia un poco ménos accesible. Sin embargo, después de muchas explicaciones, logramos que se nos permitiese la entrada.

No hice más que recorrer las habitaciones que me eran demasiado conocidas, y repentinamente me encontré en el terrado, bañado por los rayos del sol y embalsamado con el perfume de las flores. Era como un sueño dorado en un palacio de hadas. Por todas partes a mi alrededor las ventanas y los balcones estaban cubiertos de jazmines en flor; las rosas de cienhojas se ostentaban con todo su esplendor; la rosa de la Alhambra y el *Salvia splendens*, brillaban como llamas entre la yerba: innumerables naranjos estaban adornados con sus manzanas de oro. A la derecha el cuadro estaba circundado por una verde corona de *doungas* se-

culares cargadas con su fruto; a la izquierda se veía desprenderse sobre un cielo trasparente una balastrada en que se alternan con regularidad estatuas de mármol de una blancura nacarada, naranjos de hermoso verde y grandes tiestos de barro de formas caprichosas. Como un contraste de aquel conjunto tan gracioso iluminado con los dorados rayos del sol, una hilera de sombríos cipreses se levanta en el fondo del jardín. Salvando sus cimas severas, la mirada se extiende sobre la llanura rodeada por una cadena de montañas gigantescas. A la extremidad de aquella llanura se descubre la ciudad bañada por una reluciente atmósfera y asentada en la margen de la mar, cuyas aguas tranquilas tienen el azul de la turquesa. Algunas velas blancas pasaban en lontananza como las imágenes de un sueño.

Cuando uno se coloca en aquel terrado, se encuentra rodeado por los esplendores de la naturaleza más rica, combinados con todo el lujo de las artes: el mármol, la yerba y las flores se unen para producir una sensación que excita, calienta y eleva la imaginación. En semejantes momentos parece que todo florece dentro de nosotros, que nuestra alma tiene alas y que vuela, cantando con la alondra, por el puro éter de los cielos. *Buen Retiro* es un palacio aéreo: allí, en la soledad, bajo la sombra de los árboles seculares, sumergido en un océano de flores y de aromas, ve uno extendida a sus pies la hermosa tierra con todas sus riquezas; la mirada abraza la mar sin límites: el mundo, con todo lo que encierra de vida y de movimiento, de esfuerzos y de luchas, se abre delante de nosotros como un inmenso libro que podemos hojear según nuestro capricho.

El verano jamás abandona á *Buen Retiro*: nunca aquella mansión se desnuda de su vestido de flores. Las personas de mi comitiva que no conocían a España, ni al verdadero Mediodía, estaban arrobadas en éxtasis. Semejantes a hombres a quienes se hubiese trasladado bruscamente de una prisión tenebrosa a un salón espléndidamente iluminado y lleno de gente, no sabían hacia qué parte dirigir primero sus miradas. Nos paseamos por todos aquellos lugares deliciosos, por todas aquellas calles de follaje, que despertaban en mí los más dulces recuerdos, sin perjudicar al presente, siempre lleno de sorpresas. Penetramos de nuevo en una

calle cubierta de sombra, bajo la vasta cima de los *doubangas* del mas rico verde, donde las aguas frescas de la montaña corren por arroyuelos adornados de conchas. Visitamos por segunda vez el estanque circundado por cipreses que se elevan hasta los cielos. Allí encontramos una reciente plantación de plátanos de anchas hojas, cargados de innumerable fruto. Hicimos también nuestra visita a los palmeros y al pino gigantesco, y fuimos a sentarnos al pie de éste para deleitarnos con su sombra y con la pureza del agua.

Se necesitaron largas conferencias para persuadir al intendente de que nos enseñase los grandes juegos de agua del jardín, en razón de que se lamentaba de que gastándose el agua, faltaría para unas prensas de aceite y apenas bastaría para las fuentes; pero en fin, cuando todos tomamos empeño, el buen hombre tuvo que ceder, hizo girar las llaves, se estableció la comunicación, por todas partes se oyó un sordo murmullo, y repentinamente apareció a nuestra vista la maravilla de *Buen Retiro*.

Bajo la extensa glorieta de follaje, dos fuentes brotaron a un mismo tiempo, una del suelo y otra de la bóveda. El agua, saliendo por un conducto en forma de concha, describía un arco y volvía a caer de copa en copa; más lejos el león español vomitaba un ancho y límpido chorro en un estanque poblado de truchas. Mil arcos de agua caían en innumerables jarrones de mármol: una ancha cascada se precipitaba ruidosamente al pie de la balastrada sobre anchas gradas; brillaban los colores de las conchas avivados por el líquido elemento; saltaban las fuentes entre las flores y los matorrales del prado; un polvo plateado envolvía el negro follaje de los cipreses. En el estanque principal, ranas y lagartos lanzaban rayos de cristal; las divinidades acuáticas parecían deleitarse con la frescura del baño; millares de perlas húmedas brillaban gozosamente en el aire á los rayos del sol, y formaban sobre el fondo de verdura un arco-iris que se elevaba hasta el azul de los cielos. Colocándose entre las parras, a la extremidad de los juegos de agua, se disfruta del conjunto de este cuadro mágico, que nuestro amigo el pintor supo reproducir con una rara inspiración.

El artista eminente que dibujó aquel jardín, supo sacar tan buen partido del terreno, que todas las figuras que las aguas re-

presentan en el aire, limitadas entre las dos sombrías paredes de los cipreses, ejecutan sus juegos fantásticos entre el espectador y los dorados rayos del sol. Iluminado por detrás, el menor chorro de agua resplandece como un arco de diamantes, sin que una sola de las perlas que lo componen se escape a la vista deslumbrada.

El nuevo propietario debe ser un hombre de talento y de gusto, porque ha escogido aquella glorieta para hacerla su comedor. Allí, tomando su comida a la sombra, circundado por una atmósfera tibia y suave, hace jugar y murmurar a su alrededor aquellos surtidores de agua: un rey no podría hacer sus comidas más lujosas, ni podría presentar a sus convidados nada más perfecto. *Buen Retiro* ha caído en buenas manos. Ya sea que el conde al levantarse de la mesa dé un paseo por el terrado, fumando un aromático cigarro, ó que sentado en un banco de mármol, rodeado por los perfumes del jazmin, contemple con dulce descanso el sol poniente que lanza una luz roja sobre las estatuas, los naranjos y las rosas, y derrama sobre la llanura y las montañas una expresión de languidez y recogimiento, aquel conde es un dichoso mortal, es un epicúreo reflexivo y refinado que jamás tendrá gracias bastantes que darle al destino por haberle concedido la posesión de semejante pedazo de tierra.

Corresponde a los griegos, aquellos artistas tan ingeniosos y tan delicados, la honra de haber sabido inventar la armonía de los goces. Los romanos, aunque más groseros, se formaron en aquella escuela. Entre nosotros los alemanes, bebedores de cerveza, falta completamente el sentimiento de estas cosas. Pero también, no tenemos un sol que nos sonría, ni un clima en que se pueda tener confianza; nuestro aire es áspero y rudo, como nuestra existencia. Solamente en el Mediodía, y con especialidad entre los italianos, se encuentra aún el eco de los buenos tiempos clásicos antiguos. Los árabes de España sembraron una especie de oasis en el trascurso de los siglos: vemos todavía los restos de sus sueños petrificados y como cristalizados en Sevilla, Granada, el Cairo y Damasco; pero los habitantes del Norte, por una parte son demasiado extraños al sentimiento de las armonías, y por otra, circula por sus venas una sangre demasiado espesa para tener se-

mejantes concepciones. La armonía de los placeres, comprendida en un sentido elevado, supone la flor de todas las artes, los más ricos colores en la pintura, las nobles formas de la escultura, los más suaves acentos de la música, y aquella combina todo esto con los perfumes de la naturaleza, con las ventajas de un clima y de un cielo privilegiados, con todo lo que halaga los sentidos sin turbarlos, con todo lo que embellece la existencia y refina el espíritu. Así es como se forman los talentos, como el espíritu se hace creador y como el corazón sabe encontrar la poesía y los cantos.

Quisimos hoy ensayar un poco la realización de esta armonía tomando nuestro *lunch* en el terrado de mágicas vistas, entre los aromas del jazmin; pero a la puerta de aquel paraíso estaba de guardia un ángel armado con la flamígera espada, bajo el aspecto de rígido mayordomo, y no quiso permitir que comestible alguno viniese a profanar el eden confiado a su cuidado. Nos declaró con tanta energía como oportunidad, que *Buen Retiro* no es una fonda, y que si se concedía a una sola persona el permiso pedido, después ocurrirían otras cien a quienes no se les podría negar. Procuramos corromperlo con algún dinero, y rechazó altivamente los ofrecimientos, con lo cual en vez del vil metal, ganó mi perfecta estimación.

Yo también soy dueño de un pequeño paraíso, donde una multitud de personas tendrá deseos de tomar su almuerzo, a la sombra de las camelias, sobre un delicado tapiz de césped, frente a las aguas azules del Adriático: quiera Dios concederme siempre un mayordomo igual a este.

La única concesión que nos hizo fué indicarnos el patio de la alquería como el más conveniente para saborear nuestros placeres culinarios. Desempacamos el hígado gordo en conserva, el salmón, el queso de Chester y las carnes frías, y destapamos las botellas. La encantadora princesa A***, siempre amable, siempre activa, nos hizo un café delicioso, y *monsieur* hizo hervir la leche con raro talento; digo que con raro talento, porque consiguió hacer con aquella leche de cabra española, una crema muy agradable para un almuerzo de septentrionales. La alegría y la gracia sazonaron aquella comida, que no estaba demasiado mala para gentes arrojadas del paraíso. Ofrecí al mayordomo un vaso lleno de jerez;

mas lo rehusó, considerándolo sin duda como un disimulado medio de corrupcion. «*Me gusta que el español sea altivo:*» y entónces nos encontrábamos en un país y entre un pueblo que ha borrado del diccionario la palabra «vulgar.»

Durante este tiempo, terminaba el pintor un retrato muy parecido de este digno personaje, que tenia por compañero un jóven que le miraba con aire serio y estupefacto. Era un bonito muchacho que llevaba la cabeza cubierta con un sombrerito de terciopelo de buen gusto, y estaba vestido con una chaqueta abotonada, pantalon corto y estrecho, con hebillas de plata y polainas de cuero ricamente bordadas. En este país, donde todo el mundo es noble é importante, aquel muchacho nos pareció del campo al principio; pero despues supimos que era hijo del mas rico propietario de las inmediaciones. Aceptó un cigarro de la Habana que le ofrecí, y me dió las gracias con mucha cortesía.

Con verdadero sentimiento dejé mi querido *Buen Retiro* y su magnífico terrado; pero el dia era corto y nuestros momentos estaban contados.

Gibraltar, 30 de Noviembre de 1859.

Se trataba hoy de asistir a una ceremonia muy curiosa, a unas bodas judías, en compañía de varios señores de nuestro conocimiento, de la familia del gobernador y de algunos convidados. Despues de haber atravesado la ciudad alta, llegamos por tortuosos caminos, á una casa de un exterior bastante aseado: el novio y los ancianos nos esperaban a la puerta para recibirnos. Ya desde el *Convento* veniamos acompañados por el mas rico israelita de Gibraltar, un judío vestido de frac al estilo moderno.

Al entrar nos recibieron con una música oriental acompañada con un canto gangoso que nos hizo pensar en los músicos del Evangelio. Numerosos grupos de judíos se oprimian en una escalera estrecha. Conducidos por el novio nos abrimos paso a través de aquella multitud. La señora de la casa vino hácia nosotros y nos tomó de la mano con un aire afectuoso: era una judía de grandes ojos, negros y brillantes, de mirada fria y reflexiva. Estaba vestida con un traje negro al estilo europeo, con la ortodoxa peluca, donde se veían enlazadas, segun el gusto oriental, perlas de oro y de plata.

Aquella mujer nos llevó a la pieza dedicada a las bodas, es decir, a un salon sencillo y limpio, amueblado a la europea; solamente que en honra de la santa ceremonia que se iba a celebrar, estaban encendidas muchas velas, no obstante la claridad del dia. Los mas ricos adornos resplandecian en aquella sala: las hermosas hijas de Israel, venidas de Tánger y de Tetuan, habian prodigado en sus tocados fastuosos el oro y los colores mas vivos; pero en medio de aquel brillo, entre aquellos grupos relucientes, habia uno que eclipsaba a todos los otros, tanto por su extravagancia como por su lujo.

Al pié de la pared principal de la pieza habian formado un estrado un poco alto, tapizado con cortinas verdes. La pared estaba cubierta de damasco encarnado, y un dosel del mismo color avanzaba sobre el estrado. Dos figuras sentadas contra la pared, semejantes a dos esfinges de Egipto, paseaban a su alrededor miradas severas y casi amenazantes. Eran matronas de Tánger, de tez tostada, y vestidas con ricos *castanes* escarlatas bordados de oro. Su cabeza estaba adornada con una pieza de seda que caía de plano, como el tocado de los reyes egipcios: tenian pelucas de un negro mate sembradas de monedas antiguas y de joyas. Entre las dos, sentada en un divan y apoyada en la pared, una persona cubierta con un velo de color claro y coronada con una tiara recamada de perlas, permanecia inmóvil, como una figura de cera sobre la que el arte hubiera sabido imitar, por medio de brillantes colores, la frescura y la transparencia de tonos que dá la vida.

Aquel espectáculo produjo en mí la mayor admiracion. Se hubiera creido ver al dios Vischnú en el templo de Benares: parecia un ídolo adornado con alhajas y sentado en un altar elevado entre dos dragones que exhalaban llamas.

Hasta despues de haberla mirado largo rato, pude asegurarme de que aquella estatua que parecia de cera, era de carne y de sangre, y que el ídolo inmóvil de ojos cerrados, no era mas que la novia judía. Allí estaba como si fuese una muerta: ni uno solo de sus músculos se veía latir, y era preciso fijarle mucho la atencion para percibir el ligero aliento que levantaba su pecho. El cútis no se le podia ver sino bajo el doble velo de tela y de rojo vivísimo que cubria sus mejillas; tenia las cejas pintadas de negro y ade-

más tres lunaritos repartidos con regularidad en su rostro que parecía no carecer de belleza. La tiara muy alta, dividida por ricos bordados y enteramente cubierta de perlas, le daba el aspecto de un sér sobrenatural. Su seno se agitaba bajo un velo trasparente que cubria el corpiño lujosamente bordado. Una chaquetilla igualmente bordada de oro, con anchas mangas de seda le ceñia el talle; una enagua encarnada con nuevos bordados de oro cubria sus partes inferiores, y sus piés estaban calzados con unas chinelas compuestas con brillantes adornos. Traía las manos y los brazos esmeradamente envueltos en un paño de seda rojo.

Además de esto, la novia traía sobre sí toda especie de adornos: pendientes de filigrana con perlas y esmeraldas; guirnaldas hechas de monedas y piedras preciosas, caían por ambos lados de su cabeza; tenia el cuello adornado con gran número de cadenas de oro, con relucientes medallones y nudos de coral. Mas tarde pudimos ver que sus hermosos y blancos brazos estaban adornados con brazaletes moriscos, y sus bonitos y afilados dedos cubiertos de sortijas. Tal era el traje de aquella jóven de catorce años: en conjunto se veía espléndido y pintoresco.

Las dos *madres* de la novia, penetradas de la importancia de su papel, guardaban en sus tronos un continente lleno de altivez y orgullo. Medían a la multitud con sus arrogantes miradas, que en otro tiempo habrían hecho honor a la reina Jezabel. Su animación formaba un admirable contraste con la tremenda inmovilidad de la jóven desposada.

Por fin entró el novio: traía la cabeza cubierta con una especie de cucurucho de madera, y colgando a un lado una bolsa de terciopelo bordada de oro. Iba seguido por dos rabinos: el primero era el gran rabino de Tánger, de hermoso y pálido rostro, adornado con una barba flotante: un turbante, sobre el que estaba negligentemente puesto un paño de algodón violeta cubria su cabeza. Era un verdadero personaje del Antiguo Testamento. Tras él venia el otro rabino, gordo, desarrapado, con facciones groseras y barba de chivo enteramente blanca. A los lados de éste venian un hombre y un jóven que traían en las manos gruesas antorchas de cera.

Presentaron al gran rabino un vaso lleno de vino en un plato:

comenzó a bambolearse cantando con voz gangosa algunas oraciones hebraicas, que la concurrencia repetía en coro de cuando en cuando. Bebió despues un trago y pasó el vaso al novio para que bebiese a su vez. Las dos madres presentaron el vino a la desposada, le inclinaron la cabeza como si fuese un cadáver, le levantaron el velo y le acercaron el vaso a la encarnada boca: ella mojó en él sus labios sin abrir los ojos, y volvió a quedar en su inmovilidad: entónces rompieron el vaso, y una mujer judía de Tetuan lanzó el grito de alegría agudo y estridente de las mujeres beduinas.

El novio, que era horriblemente feo y que se parecía a los chivos de Egipto, ofreció a la novia un ancho anillo de oro cubierto con varios adornos. El viejo rabino avanzó luego, y volvió a comenzar con un timbal de plata la misma ceremonia, acompañándola siempre con oraciones cantadas, ó mas bien, chilladas.

Aquellas diversas ceremonias divertían mucho a las inglesas que asistieron en gran número a aquella solemnidad y con las disposiciones mas joviales. Seguían hasta los menores movimientos de las personas y hacían sobre ellos las mas cómicas observaciones. Una señora anciana que estaba sentada en un sillón cerca de mí, me contaba que durante ocho dias, el novio nada pretende de su nueva esposa, porque ésta debe pasar todo ese tiempo en el trono al lado de sus padres, recibiendo las visitas de sus parientes y de sus amigos. Añadía que, como el matrimonio no era mas que un negocio de dinero, la mujer tenia derecho para separarse de su marido al cabo de un año; y decia que si ella estuviera en lugar de la jóven tomaria este partido inmediatamente, en consideración a lo feo y repugnante que era el novio.

Por último, un pariente dió lectura al contrato de matrimonio que estaba escrito en pergamino, y luego recitaron la última oración por la reina Victoria y su familia.

Entónces bajaron a la novia del estrado, no sin grande trabajo, porque tenia siempre los ojos cerrados; la hicieron dar dos vueltas a la sala, bailando una especie de polaca: en este acto iba sostenida por dos notables ó parientes, alternativamente, y la acompañaban con cantos religiosos. La pintura que cubria su rostro no permitía que se observara en él el menor movimiento ni la mas ligera animación.

Cuando la volvieron a llevar al estrado concluyó la ceremonia propiamente dicha, y vino la música compuesta de un violín y un hombre que tocaba en un vaso, a la manera árabe. Aquellos artistas se sentaron en el suelo y ejecutaron algunas canciones moriscas con una voz gangosa. Una jovencita, especie de *niña formidable*, se reunió con ellos, venía vestida a la europea, con un traje tornasol como el camaleón, y cantó y bailó el *Nahlie ho*, ese baile poco decente que conocía yo demasiado por haberlo visto en Egipto y en Argel. Es el mismo baile que se acostumbra con su melodía peculiar en todos los países árabes y moriscos, y solamente en España llega a la perfección.

Después de la niña bailaron alternativamente todas las mujeres, unas casi obligadas y otras de buena voluntad, con el pañuelo en la mano como en Argel, ó acompañándose con el pandero. Las más hermosas eran, como en nuestro país, las más adornadas. Se hacían de rogar por largo rato, y algunas, con gran diversión del gobernador, se dejaban llevar por los hombres, después de una batalla en regla, hasta en medio de la sala. Una vez allí no oponían dificultad para ejecutar, con aplauso de la concurrencia, los movimientos que componen este baile: contorsiones, evoluciones, inclinaciones, alargamientos y otras figuras en que las mujeres parecen de goma elástica. En aquella representación el más feliz era sir William Codrington, el gobernador, y la más admirada su excelente *lady*. Las judías más viejas y más feas fueron las que primero se presentaron a bailar con el mayor empeño.

La estrella de la reunión era una joven llamada Hadra Nahon, de Tetuan. Llevaba, como las demás, un vestido análogo al de la novia; pero dispuesto con más gusto y formado de colores más brillantes. La enagua era de terciopelo azul bordado de oro, y en la cabeza llevaba sobre el paño de seda encarnado una gorrita inclinada hacia adelante, muy parecida a las gorras escocesas, guardada de perlas. Estas gorritas son la señal distintiva de las señoras de Tetuan, mientras las de Tánger solo usan el paño de seda, puesto de plano. El rostro de aquella joven tenía algo de extravagante y de fantástico: ojos de un color azul violado, cejas altas muy arqueadas, nariz pequeña y algo levantada, labios gruesos y encarnados, dientes que brillaban como perlas. Los

brazos redondos y blancos como el mármol, y sus manos pulidas y rosadas, adornadas con esmeraldas preciosas, eran de la más exquisita hermosura. Hadra Nahon fué obligada a bailar tres veces, y en todas ellas fué aplaudida con el mayor entusiasmo. Después de ésta, la más hermosa era una israelita de Tánger, una verdadera Judit por el talle y la actitud: desde luego conocí que era la misma que había visto en Tánger en 1852. Ocupaba el tercer lugar una mujer de Tetuan, otra hermosura oriental, con cierta mezcla de coquetería europea, ojos de ciervo, negros y muy grandes, admirable nariz griega, boca siempre sonriendo, y una expresión amable y traviesa. Todo su ser tenía algo de opulento y de voluptuoso: era la seducción en persona cuando bailaba acompañándose con el pandero.

Había otra que tenía un aspecto verdaderamente cómico: era una mujer vestida de verde, semejante a un árbol recién podado, y que se ocupaba demasiado en ostentar sus miembros rústicos. Las *madres* de la desposada lanzaron miradas de víbora cuando se les obligó a bajar del trono para bailar a su vez. Mientras bailaban vi separarse lenta y recatadamente las pestañas de la novia; luego abrió un ojo y después el otro como un lirón que despertara de un largo sueño.

Mi principal diversión fué una vieja gorda y pequeña, viva como una lagartija: todo lo veía, todo lo oía, y se mezclaba por todas partes. Sus ojos negros y penetrantes, de una expresión burlona, estaban siempre en movimiento, acechando todos los rincones de la sala y buscando algo en que pudiese mezclarse. ¡Aquellas eran sonrisas de complacencia, carcajadas de alegría, admiraciones, preguntas! Toda su persona me recordaba singularmente a cierta jovencita húngara de mi conocimiento, charlatana decidida, para quien el vocabulario de las imprecaciones, que dice sin intención de ofender, es más familiar que su libro de oraciones. Su paño de seda estaba atado de una manera negligente, así es que el nudo venía a formar por delante una especie de cuerno. Cuando la invitaron a bailar, sus ojos chispearon de contento y ejecutó su obra maestra con una animación juvenil. Aquella mujer debe tener la memoria llena de alegres recuerdos que la hacen tener mucho atractivo para sus amigos: por esto sin

duda, cuando se puso a bailar fué saludada con muchas aclamaciones.

Viendo que el entusiasmo del gobernador se enardecía mas y mas, y que no habia esperanza de que pusiera fin a aquella diversion, me decidí a interrumpir el curso de sus ideas por medio de preguntas sabiamente calculadas.

Luego nos condujeron a una sala del piso inferior para ofrecernos refrescos, a saber: frutas en conserva, un magnífico pastel de bodas, azahares en almibar, que los judfos llaman *cabellos de ángel*, vino de España, que bebimos a la salud de los recién casados y excelente *Rosoglio di Barberia*. Hadra Nahon y la hermosa judía de Tetuan bajaron con una de las *madres* de la novia para que pudiésemos admirar de cerca sus ricos adornos. Nos trataron con el desembarazo de las señoras de buena sociedad, les estrechamos cordialmente la mano, así como al novio, y regresamos a nuestra casa al caer la noche.

Madera, 6 de Diciembre de 1859.

Habíamos llegado al frente de Madera y seguimos la costa oriental de la isla. Volví a ver con tristeza el valle de Machico y la amable Santa Cruz, donde hace siete años trascurrieron para mí tan dulces momentos. En el vasto navío lleno de gente, en que todos los pasajeros contemplaban con éxtasis las maravillas de la naturaleza que se desarrollaban a su vista, yo era el único peregrino de aquella época bienaventurada. Siete años han pasado desde entónces sobre mi cabeza, siete años de alegrías y de penas, fecundos en pruebas y en decepciones amargas, ruda escuela de la experiencia, durante la cual la rueda de la fortuna giró mas de una vez de una manera imprevista y repentina, trayendo alternativamente la prosperidad y la aflicción. En aquella época comencaron mi *aprendizaje y mis viajes*, cuando festejé aquí tan alegremente mi vigésimo aniversario; y ahora, infatigable peregrino, moderno Ahasvero, me encuentro de nuevo en este lugar, el único de aquella reunion tan feliz y tan brillante. Ya murieron ó se dispersaron por el mundo todos aquellos, que en el regocijo de los festines, me deseaban dicha y prosperidad. Fiel a mi palabra, vengo a buscar en las olas del Océano un descanso

que la Europa vacilante ya no puede dar a mi alma agitada. Sin embargo, una melancolía profunda se apodera de mí cuando comparo ambas épocas: hace siete años que yo despertaba para la vida y caminaba alegremente hácia el porvenir; hoy, al ver de nuevo estas riberas, me siento con una lasitud increíble: mis hombros no están ya libres y ligeros, tienen que llevar la carga de un amargo pasado.

Madera, Funchal, 11 de Diciembre de 1859.

Hoy he visitado el hospital fundado recientemente por la emperatriz viuda del Brasil. Es un hermoso edificio, sencillo a la vez que majestuoso, del gusto del renacimiento, y cuya fachada recuerda los palacios y los hospitales de Nápoles. Está hecho para recibir a doce tísicos de cada sexo. Los pobres están aquí bien atendidos, y aunque ningun cuidado puede curarles ese mal que no tiene remedio, al ménos pasan sus últimos instantes en calma y dulce paz. Cada enfermo tiene su pieza amplia, hermosa, ventilada y con vista sobre el Océano: en el centro está una bonita capilla bañada por el sol, donde el alma se eleva hácia Dios y se reconcilia con el cielo, del cual se encuentra tan cerca. El hospital, a pesar de sus limitadas proporciones, es lo que existe mas perfecto en su género, y en vano se buscaria en Europa algo que se le pareciera. Estaba reservado a Funchal poseer una cosa tan hermosa.

Sobre la escalera está una inscripcion con letras de oro grabadas en mármol negro que recuerda el triste origen de este establecimiento. Aquí murió del pecho el 4 de Febrero de 1853, la hija única ¹ de la Emperatriz, criatura perfecta que dejó este mundo ingrato, como un ángel puro de luz, para volver al cielo, su verdadera patria. El hospital es el noble fruto del dolor inmenso de una madre infortunada, que ha dejado el nombre de su hija al edificio en que ella busca el único consuelo que le queda para lo futuro, el de aliviar a los desgraciados. Esta expresion sublime del dolor, este uso de los bienes que Dios nos ha dado, son el mas bello testimonio de una alma verdaderamente cristiana. Del hospital me dirigí a la casa, que no está lejos de él, donde el ángel

¹ Véanse la página 214 y las últimas líneas del tomo primero.

amargamente llorado dejó la tierra, y permanecí por largo tiempo abismado en pensamientos de tristeza y de duelo bajo el árbol magnífico que la protege con sus ramas y su sombra.

Isla de Tenerife, Tacoronte, 19 de Diciembre.

Muy temprano nos pusimos en camino. La mañana estaba fría y desagradable. Seguimos por largo rato la vertiente norte de la isla, entre campos bien cultivados y palmeros, hasta Tacoronte, grande aldea, donde se nos había dicho que existía un rico anticuario, D. Sebastian Casilde. Fuimos recibidos de la manera mas insinuante por aquel amable anciano, que colecciona sin cansarse hace mas de cuarenta años.

Nos condujo á su casa que inmediatamente revela la comodidad y el bienestar. Grandes piezas del piso bajo encierran una coleccion bien organizada y que merece ser vista. La pieza mas interesante para mí fué aquella en que se encuentran las antigüedades del tiempo de los guanches.

Habia cuatro momias reales, de las cuales tres estaban en una caja: los cadáveres disecados, ennegrecidos, pero bien conservados, estaban envueltos en pieles de cabra: su aspecto me recordó los rostros tan horriblemente contraídos de los *Frati secchi* de Palermo. Estos conservaban su cabellera negra y ondulada, y dientes blancos y ordenados. La cuarta momia estaba de pié en un nicho con cristales, envuelta en pieles y atada con vendas, al estilo egipcio, tal como se encontró en el sepulcro. A sus piés yacian los sellos de los reyes, es decir, sencillas piedras en que están grabados dos bastones en cruz. Los guanches no sabian escribir y se servian de estos sellos como de una insignia de la dignidad soberana.

Nuestro anticuario conservaba en una redoma una muestra de la sustancia con que las momias habian sido embalsamadas: parece estar compuesta de sangre de drago y agua salada. Segun decia Casilde, se licuifica espontáneamente por medio de un alto calor ó de un gran frio. Don Sebastian nos dió un pedazo bastante grande de la sustancia dura, que aceptamos con gratitud: la líquida se parece al café.

Coleccion muy interesante es tambien la de las armas de los

conquistadores y las de las víctimas de la conquista: las primeras pertenecen naturalmente a la edad média española, son espadas gigantescas y alabardas. Las otras son lanzas con punta de piedra, bastones y espadas de madera. Cuando se comparan estas armas no puede uno dejar de admirar el valor de los guanches, que resistieron como leones a sus enemigos.

Hay tambien una coleccion de autógrafos de los conquistadores que no carece de interes, sobre todo para los españoles.

Por lo que respecta a muebles de los antiguos habitantes, vimos molinos de mano y aguamaniles de basalto y de ladrillo, semejantes a los que yo habia comprado en Orotava. El objeto mas curioso, sin duda, era una ánfora de forma romana, con la cifra romana XXI grabada en un lado. Se encontró en una tumba real, y seguramente fué traída de África por los antiguos habitantes.

Nos llamó la atencion una inscripcion trazada en basalto y descubierta en una cantera de la isla de Palma. Nuestro amigo el pintor, que es muy inteligente en cosas orientales, reconoció en ella huellas manifiestas de caracteres árabes. Quizá se hallaba mas cerca de la verdad que el obispo de Palma, que reputaba babilónicos los caracteres de esta inscripcion, que suponía haber sido ejecutada por obreros chinos; opinion que aquí se sigue con generalidad.

Además, el museo Casilde contiene ejemplares de mineralogía, de zoología, un poco de todo, desde un feto nadando en espíritu de vino, hasta verdaderas obras de arte. Solamente las bellas artes se encuentran aquí muy mal representadas. Nos detuvimos de preferencia delante de los objetos de etnografía, sobre cuya materia se hallan cosas muy curiosas en las colonias de Filipinas y de América. Mi digno huésped me enseñó una obra muy interesante relativa a México: en ella se veía dibujado, con armas y trajes, un zodiaco de los antiguos mexicanos.

Volviendo a los guanches, todas las antigüedades que de ellos se han descubierto, parecen demostrar que eran originarios de África y que pertenecian a una raza semítica que conservó las antiguas tradiciones de los egipcios. Lo que prueba que eran semitas y verosímilmente de una rama de Berbería son sus largas

y lacias cabelleras. Sus armas y los objetos de menaje recuerdan, por su figura y su materia, los usos de Abisinia de la Berbería interior. La manera con que las momias están preparadas y la forma de los sepulcros tienen el carácter egipcio.

La piedra de que he hablado ántes viene a ser una prueba del origen oriental y contradice la hipótesis de que los habitantes de las islas Canarias descenden de los cincuenta mil cartagineses que, en el momento de la toma de Cartago, se salieron de la ciudadela y se fugaron en sus barcos. Desgraciadamente no se sabe en qué época fueron pobladas las islas. La ánfora que mencioné parece indicar un tiempo en que los romanos dominaban ya en algunas partes del África septentrional.

La emigración debió partir de África: esto se justifica no solamente por los datos que hemos expuesto, sino aun por la disposición de las localidades. Están tan cerca del continente, que desde Fortaventura se vé la costa; y por el otro lado, desde la ribera africana han debido descubrirse los fuegos y las nieves del pico de Tenerife. Cada una de las islas parece haber sido poblada separadamente, aunque por una sola y misma raza, porque los conquistadores encontraron en ellas analogías de idioma y de costumbres, pero con grandes diferencias. En ciertas islas estaba bien recibida la poligamia; y en cambio, en Lancerota las mujeres podían tener tres maridos: cada uno de ellos tenía el mando durante un mes, y en ese tiempo los otros dos eran sus servidores; pero, según parece, la mayor parte de las mujeres se contentaba con un solo marido.

El historiador Viera pretende reconocer dos razas y dos idiomas diferentes. Como los guanches, y esto está demostrado, no tuvieron el menor conocimiento de la navegación, era imposible toda relación entre las islas. Esta ignorancia y la falta absoluta de usos que hayan podido ser tomados de los mahometanos, hacen suponer que aquel pueblo procede de una remota antigüedad. Verdad es que Plinio habla de aquellas islas desde el tiempo de la expedición fenicia y cartaginesa, y dice que allí se encontraron las ruinas de un antiguo templo; pero no refiere una sola palabra de la población. Los guanches son un pueblo que desapareció hace cuatrocientos años y desgraciadamente su idioma murió con ellos.

Respecto de sus usos y costumbres en tiempo de la conquista que los exterminó, únicamente tenemos lo que nos dicen los historiadores españoles, de los cuales los más bien recibidos son Viera y Bergeron: contienen algunos pormenores y tradiciones que no carecen de interés.

En la isla de Tenerife, los guanches honraban a *Acheman* como divinidad suprema. El representante del mal principio, el demonio se llamaba *Kuaiota*: la creencia popular suponía su residencia en el cráter de un volcán. Según Viera, reinaba la idolatría en la Gran Canaria y en Palma. En la primera de estas islas, cierto cráter apagado ya representaba su papel en el culto religioso: los habitantes constantemente ofrecían víctimas en sacrificio a una roca que amenazaba ruina, exclamando: «¿Caerás pronto?»

Tenían también un lugar de peregrinación que iban a visitar cuando les amenazaba el hambre. Esta plaga los atormentaba con tanta frecuencia, que las mujeres no tenían derecho para dejar vivir más que a sus primogénitos. En estas ocasiones traían todos sus rebaños de cabras, separaban de las madres a las crías, y pretendían enternecer los oídos de los dioses vengadores con los balidos lamentables de los desgraciados cabritos, a los cuales unían sus propios gemidos.

Los guanches tenían una divinidad particular para los hombres, *Eraoranhau*, y otra para las mujeres, *Moraiba*. Después de la introducción del cristianismo, Jesús y María tomaron respectivamente el lugar de aquellas. Estas dos deidades estaban establecidas en dos rocas muy elevadas que se llamaban *Pandaiga* y que hoy llevan el nombre de *Santillos de los antiguos*.

Guardaban en una caverna al *Aranfaibo*, animal que pertenece a una especie de cerdos muy pequeños. En los tiempos de calamidad, se le hacía salir de su gruta con grandes clamores, y podía vagar libremente hasta que el mal estaba conjurado; y entonces era de nuevo conducido a su domicilio en gran triunfo. Algunas jóvenes participaban con él de la gruta sagrada: estas usaban vestidos de piel blanca mucho más largos que los de las otras mujeres: gozaban de grandes privilegios en los consejos, y de la presidencia en todas las ceremonias; y en cambio, tenían la obligación de presentar todos los días una ofrenda de leche al *Aranfaibo*.

Los guanches honraban tambien a un profeta llamado *Guana-mare*, a una sacerdotisa nombrada *Tibabina* y a su hija *Tamaronte*: estas dos últimas tenían parentesco con la divinidad, y de consiguiente gozaban de un gran poder.

Habia una clase particular de sacerdotes que se ocupaba de embalsamar a los muertos. Despues de muchos lavatorios con agua salada, frotaban los cadáveres con yerbas aromáticas y manteca de cabra. A la manera de los egipcios, abrian el cadáver por un costado con una piedra de obsidiana afilada que llamaban *tabaros*; lo llenaban despues con yerbas aromáticas y polvo de madera, y lo dejaban secar al sol por espacio de quince días. Durante este tiempo celebraban fiestas públicas, y algunos oradores elogiaban las virtudes del difunto. Por la desecacion, el cuerpo se ponía tan ligero como si fuese de carbon; y lo envolvían en seguida en pieles de cabra cosidas con espinas de pescado y que tenían algunas marcas distintivas. Las personas de rango elevado obtenían pieles mas finas que las otras: sus cadáveres eran depositados en ataúdes de abeto y conducidos a las mas altas cavernas de la isla. Delante del cuerpo colocaban un vaso de leche, a fin de que los muertos en el momento de su resurreccion no carecieran de alimento. Las cavernas adornadas estaban reservadas para los reyes y para los grandes; el comun del pueblo era amontonado, sin embalsamamiento, en grandes cuevas. Viera habla de las grutas que ha visto, y segun él, las mas grandes se llamaban *Arrigo* y *Gamari*: dice que encontró en ellas cerca de dos mil muertos. A principios del siglo se descubrió tambien cierta cantidad de sepulturas de esta clase en las rocas de *Tacoronte* y de *Sauzal*, y las momias que allí se hallaron han servido para habilitar los gabinetes de toda Europa. Pero el pueblo y aun más los españoles que se introdujeron a las islas guardan el mas profundo secreto respecto de estas localidades; de suerte que todavía se descubren algunos sepulcros nuevos de cuando en cuando.

Las momias de los hombres se distinguen en que tienen las manos extendidas, miéntras las de las mujeres las tienen cruzadas por delante. Las piernas están dobladas por la rodilla, y los piés sólidamente adheridos al cuerpo. Pretenden haber descubier-to en Fortaventura la momia de un gigante de veintidos piés de

longitud, llamado *Mapai*: tambien se dice que los descendientes del rey Uimar llegaban a un tamaño de catorce piés y que tenían ochenta dientes; pero todos los cuerpos que se pueden ver son de una magnitud ordinaria, aunque presentan diferentes caractéres, segun las islas a que pertenecen.

Cuando un guanche sentía que se aproximaba su muerte, llamaba a sus parientes, y les decía: *Vaco guare* (Voy a morir). Entónces lo llevaban a una caverna, lo tendían sobre una piel delicada y ponían a su lado leche y mantequilla, cerrando luego la entrada para que pudiese esperar la muerte sin ser turbado en sus últimos momentos.

El gobierno de los guanches era monárquico, y el rey se veía rodeado por una nobleza poderosa. El último soberano independiente se llamó *Bencomo* y reinó en el siglo quince: despues de una larga y gloriosa resistencia, sucumbió ante las fuerzas superiores de los españoles, y se dejó bautizar con su hija, la hermosa y afamada *Dacila*.

Sabido es que la isla de Tenerife formó por largo tiempo un reino aparte. El último soberano que la poseyó entera y sin disminucion de su autoridad, fué *Tenerfe el Grande*, que vivió cerca de cien años antes de la conquista. Dejó nueve hijos legítimos y uno bastardo llamado *Acaimo*. Aquellos diez herederos se dividieron la isla; pero no tardó en producirse entre ellos la discordia: el príncipe de *Tahoro* se apoderó de la supremacía, y obtuvo con la victoria el título de *Onchibe*, ó «Majestad Suprema.» Despues de la nobleza venían el pueblo y los esclavos. La distincion de castas se explicaba con la siguiente tradicion: Dios creó primero a los hombres, a las mujeres, a la tierra y al agua: dió rebaños y frutos a los habitantes de la tierra; pero como la especie humana se multiplicaba, dijo a los que llegaron al último: «Servid a los que han llegado ántes que vosotros, y estos os darán con que vivir.» Así fué cómo tuvo origen la diferencia de clases.

El *Tagean*, ó gran sacerdote, que ocupaba el segundo lugar en el reino, tenía el privilegio de conceder la investidura de la nobleza. El candidato debía haber nacido de padres nobles, ser rico y hallarse en estado de manejar las armas. Se presentaba ante el *Faikan*, que era el gran consejo sacerdotal, y para esta circuns-

tancia, había de tener los cabellos largos y sueltos. El gran sacerdote pronunciaba entónces en alta voz las palabras siguientes: «Os conjuro a todos, en nombre de *Aleorak* (Dios), para que digais si habeis visto alguna vez a N^{***}, hijo de N^{***}, entrar en algun corral, ó si lo habeis visto ordeñar ó degollar alguna cabra; ó si lo habeis visto alguna vez preparar su comida de medio día con sus propias manos, ó si alguna vez ha cometido robos en tiempo de paz ó si ha tenido mala reputacion con relacion a las mujeres.» Si la respuesta era favorable, el jóven recibia la investidura con la lanza, y le cortaban los cabellos tras de las orejas. Si la respuesta era mala, le cortaban todo el pelo, se declaraba que debia pertenecer a la clase inferior, y quedaba para siempre incapaz de aspirar a la nobleza.

Los reyes y los nobles tenian delante de sus habitaciones grandes plazas cuadradas y rodeadas de bancos de piedra, que se llamaban *Tagoror*: en ellas celebraban sus asambleas y sus consejos. Aquellas plazas servian para las solemnidades y las fiestas de la coronacion: las adornaban con palmeros, laureles y plantas aromáticas: el rey, vestido con una tela preciosa que llamaban *tomarek*, se sentaba en un trono elevado, cubierto de magnificas pieles. La manera con que se hacia la coronacion del rey era la siguiente: el mas anciano de sus parientes ó de sus amigos traía respetuosamente un hueso del antiguo monarca de Tenerife, y lo presentaba al nuevo, el cual lo besaba, lo ponía en su cabeza, y exclamaba: «Juro por este hueso de mi antecesor, el gran Tenerife, imitar sus acciones y procurar la felicidad de mi pueblo.» Después de esto los vasallos lo levantaban en sus hombros, diciendo: «Juramos, por la solemnidad de este día, unirnos para la defensa de su reino y de sus descendientes.» El pueblo aclamaba entónces al nuevo monarca. Cuando el rey iba de marcha, le precedía siempre una persona que llevaba una lanza adornada con una banderola.

El pueblo de los guanches era alegre y accesible a los placeres y a las diversiones. Aun durante la guerra, los festejos no se interrumpian por las hostilidades, lo cual es prueba de un humor verdaderamente contento y de un valor calmado. Cuando bailaban se acompañaban con tamborcitos ó flautas y palmoteaban las

manos. El baile actual de los insulares se parece notablemente al de los judíos de Tánger.

Todos los historiadores hacen el mas aventajado retrato de los antiguos habitantes de la Gran Canaria. Los hombres eran altos, robustos, ágiles, fáciles de conmover, valientes y fieles: las mujeres eran hermosas y tiernas: sus ojos rasgados poseían un encanto particular, como los de las mujeres del norte de África; sus cabellos eran largos y finos.

Hé aquí un antiguo uso de este pueblo, que todavía se observa en Marruecos: ántes del matrimonio la novia pasaba treinta días en una gruta, donde se alimentaba con *gofio*, que es el alcuzcuz de los actuales habitantes de Berbería, hasta que llegaba a cierto grado de gordura. El matrimonio no podia tener lugar antes de que el *Faikán* hubiese declarado la aptitud de la casada: obtenido esto, el sacerdote ó el gefe de la raza entregaba la novia a su marido, disfrutando en recompensa del *jus primæ noctis*.

Las cavernas adornadas que se encuentran no solamente servian para sepulturas de los reyes y de los ricos, sino que tambien eran las habitaciones que ocupaban: residencias calientes en invierno y frescas en verano. La mayor parte de ellas están ahora inaccesibles: generalmente son cuadradas, con bancos alrededor, y tienen nichos practicados en las paredes. Las mas hermosas y mas elegantes son las cavernas de Guimar: los pobres habitaban en cabañas de piedra.

El menaje de los insulares era muy limitado: se componía de los molinos de mano de que he hablado ya, y que servian para la preparacion del *gofio*, a los cuales deben añadirse las vasijas de barro ó *ganigo* que tambien he mencionado: éstas servian, como entre los habitantes de Berbería, para conservar la leche. Hacian fuego frotando uno con otro dos tallos de cardo seco, y esta costumbre aun se conserva en las islas. Los instrumentos cortantes llamados *taboras* se hacian ordinariamente de obsidiana; las cucharas eran conchas de la mar. Hacian agujas con espinas de pescado ó de palmero: las fibras de los animales servian de hilo para la costura.

Endurecian al fuego sus lanzas, lo mismo que sus espadas. Estas armas eran de madera, segun hemos dicho; hacian sus escu-

dos con la corteza de la planta que se llama *dragon*. Sus camas se componian de yerba seca, cubierta con pieles. Sabian trenzar elegantemente las cañas para hacer canastos y armarios. La roca de basalto que formaba las cavernas, les servia para fabricar asientos. Hacian antorchas, como aun se vé en los Alpes, con astillas de madera de pino, y tenian redes para pescar.

Su traje se componia de una túnica de piel de cabra sin mangas, suspendida por los hombros y recogida con un cinturon teñido de verde, amarillo ó encarnado, con los jugos de las plantas. Las mujeres usaban el mismo vestido, aunque mas largo. Era privilegio exclusivo de la nobleza llevar medias, que llamaban *nir-mas*; el calzado tenia el nombre de *nercos*.

Aquel notable pueblo disfrutaba de leyes muy justas; pero seguia el precepto del Antiguo Testamento: ojo por ojo, y diente por diente. Las sentencias de muerte se ejecutaban de una manera horrible, generalmente en medio de algun regocijo: tendian al criminal en el suelo, y le aplastaban la cabeza entre dos piedras.

Despues de haber examinado en todos sus pormenores aquella curiosa coleccion, nos despedimos del digno anciano, y le dimos las gracias cordialmente por la amable acogida que nos habia hecho.

Gran Canaria: Las Palmas, 26 de Diciembre.

Muy temprano nos dirigimos hácia tierra. Nuestra primera visita fué para la Catedral; pero no encontrando misa en ella, nos encaminamos á la iglesia del Seminario. Allí todos los jóvenes levitas estaban reunidos en medio del templo, con la cabeza cubierta con unos bonetes puntiagudos, algo parecidos á los tocados chinescos, ordenados por secciones, y ejecutaban con mucha regularidad sus maniobras, cantando los maitines. Aquellos pobres jóvenes, bajo sus sobrepellices, tenian mas deseos de reir que de salmodiar su oficio como máquinas.

Siento una profunda antipatía contra esa especie de fábricas, donde se forma el clero por varas: a mi modo de ver, nada es mas funesto para la verdadera religion. Toman niños que están en su mas tierna edad, cuyo espíritu está poco formado para tener el menor sentimiento de la grave mision que les aguarda, y desde sus primeros años les imprimen una falsa direccion: no se les enseña a

conocer el mundo con la experiencia de la vida; se les infunde una inclinacion de exagerada castidad, intolerante, repugnante, que no es la mas a propósito para aumentar su influencia y su autoridad espiritual sobre la masa de los fieles. Todos los grandes santos y los verdaderos Apóstoles del cristianismo obedecieron á una vocacion personal, y escogieron su estado con madurez y conviccion. Desde San Pablo hasta San Agustin y San Ignacio de Loyola, aquellos poderosos espíritus no hubieran ejecutado nunca tan grandes cosas en el dominio de la fé, si anticipadamente no hubiesen podido apreciar el mundo por sus lados buenos y malos. Los pedagogos modernos pretenden que los seminarios de niños son de la mayor necesidad, porque sin ellos no habria eclesiásticos; pero esta sola afirmacion encierra, en mi concepto, la condenacion del principio de apremio. La libre eleccion debe conducir a todo lo que hay de bueno en este mundo; el espíritu está destinado para ilustrarse, y no se le debe encadenar a la primera luz que refleje.

Ya se trate de militares, de artistas ó de sacerdotes, todas las instituciones consagradas a fabricar hombres, dan siempre malos resultados. Las escuelas militares de la Europa oriental, con la rigidez de su disciplina, no producen mas que una cosa, tropas que ejecutan maniobras en el terreno de paráda, y que aprenden las conversiones y los despliegues de frente, como los monos en el teatro de una feria.

¿Acaso las escuelas modernas de bellas artes han dado alguna vez grandes artistas? Profesores de dibujo, sí; pero el genio siempre ha nacido fuera de las costumbres de la fábrica.

De la misma manera, los genios de la Iglesia jamas se han formado en los seminarios. El que no ha visto el mundo no puede comprenderlo; y por lo mismo, nunca conseguirá instruirlo.

Vapor imperial Elisabeth, 10 de Enero de 1860.

Anchos méganos de arena y el color de las aguas que tomaron repentinamente un verde claro, nos permitieron reconocer el lugar en que el *rio San Francisco* se arroja en el Océano. Aquellos largos méganos de un amarillo dorado nos hacian recordar los

desiertos que se adelantan sobre los bordes de la mar cerca de Alejandria.

Al aproximarse la noche vimos alejarse mas y mas la primera isla de América. Se diria que millones de diamantes brillaban en el cielo de un azul oscuro. Por primera vez me era dado admirar las *nubes de Magallanes*: eran como un polvo de estrellas, como el aliento de los espíritus que parecia empañar el espléndido espejo del firmamento.

Brasil, Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Al levantarse el sol la costa se encontraba cerca de nosotros: aparecian vastos méganos cubiertos de vegetacion. Con el anteojo, y aun con la simple vista, se podia distinguir una pared de cocoteros soberbiamente alineados que cercaban la ribera, como si formaran un marco plantado por la mano de los hombres.



AMERICA

CAPITULO CUARTO

BAHIA Y EL BRASIL

Bahía (ó San Salvador), 11 de Enero de 1860.

Eran las diez de la mañana cuando entramos en la extensa *Bahía de todos os Santos*. El sol resplandecia en toda su gloria, y el cielo azul oscuro estaba reluciente. Mi alma se sentia inundada de alegría y de entusiasmo: era uno de aquellos momentos en que verdaderamente se extiende a nuestra vista un mundo nuevo en todos los sentidos de la palabra. Quisiera uno tener cien ojos para abarcar a la vez las maravillas desconocidas que se descubren repentinamente por todas partes. En medio del regocijo que se siente, se experimenta el pesar de no poder comprenderlo todo y recogerlo en la memoria. Por mas que el alma guste, muy rápidamente, ¡ay! la magnificencia del cuadro, cuando se quiere trasladar ésta por escrito, la expresion es nada mas una fotografia borrada y pálida, tomada en verdad del natural; pero sin color y sin vida cuando se compara con el modelo.

Esto se siente mas que nunca en una nueva parte del mundo, donde la naturaleza reina con su riqueza infinita, donde la atencion del viajero no es solicitada por ninguna creacion del hombre,